

El viaje a las raíces de la memoria personal e histórica y la novela reciente de la guerra civil española

MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ
Université de Montréal

La guerra civil española de 1936-1939 ha inspirado más de mil novelas en unas de quince literaturas nacionales; entre ellas cerca de ochocientas son obras de españoles. Desde la Generación del 98 los intelectuales se interrogan sobre su ser y el de España pero desde hace unos veinte años este acontecer se refleja cada vez más en la novela: la búsqueda de los orígenes, del «yo» profundo se va haciendo tan apremiante que los autores la toman como tema central de sus narraciones. Así los relatos ficticios en los cuales los narradores o los personajes tratan de encontrar sus «señas de identidad», como lo dice tan a propósito Juan Goytisolo en su libro así titulado, se cuentan por docenas. Para ello, miran hacia el pasado y en su pasado la guerra civil de 1936-1939 ocupa siempre un lugar capital. ¿Cómo y por qué los españoles han podido luchar tan encarnizadamente contra ellos mismos durante tres años? He aquí la pregunta que todos se hacen sin encontrar casi nunca una contestación satisfactoria. El papel del espacio tanto vivido como real cobra entonces gran importancia pues el que busca efectúa una especie de peregrinación, una vuelta al sitio donde vivió la guerra, quiere volver a ver los lugares donde ha perdido la inocencia, la serenidad, quiere encontrarse en el laberinto de su existencia marcada por la revolución de los años treinta.

Juan Goytisolo, en *Señas de identidad*¹, propone un personaje que se le parece como un hermano; este hombre se repone en su casa de campo cerca de Barcelona de una crisis cardíaca sufrida en París, donde vive habitualmente. Todo el relato transcurre en unos días durante los cuales Alvaro traza un vasto fresco de España. Muchos objetos le sirven para recuperar el «tiempo perdido» (p. 54), «en una última y desesperada tentativa de descubrir las coordenadas de [su] extraviada identidad» (p. 110).

¹ México: Joaquín Mortiz, 1966.

Tremendamente angustiado por lo que constata en el mundo y en España este intelectual se esfuerza por hacer un balance, por encontrar un equilibrio entre él y el mundo y entre las contradicciones que observa alrededor de él: toma conciencia de su propio «yo» dividido, escindido, y de su país, ambos frutos de la guerra civil y de largos siglos de oposiciones feroces, aún sin resolver. Como en la tradición española de los libros de viaje, Alvaro va de un lugar a otro, pero solamente por medio del recuerdo para tratar de encontrarse, para obtener la reconstitución y la síntesis no únicamente de su biografía:

sino también las facetas oscuras y reveladoras de la vida en España (juntamente personales colectivos, públicos y privados, conjugando de modo armonioso la búsqueda interior y el testimonio objetivo, la comprensión íntima de tí mismo y el desenvolvimiento de la conciencia civil... (p. 159).

El grafista de una edición de *Señas de identidad* ha logrado perfectamente resumir la búsqueda del héroe dibujando sobre la cubierta la triple cara de un individuo sobre el fondo de un mapa de España absolutamente mudo. El «yo» de Alvaro no logra recomponerse, unificarse; España, su país, no puede ayudarle en su penosa labor, ha sido desgarrada por la guerra y ya no puede ser un refugio. La identificación esperada del «yo narrado» con el «yo» narrando no aparece al final de la novela.

A continuación de Goytisolo, se encuentran novelas de todo tipo y valor en las cuales el héroe, más bien antihéroe, parte en busca de su pasado. Esta vuelta se efectúa sea por la imaginación, por medio de fotos, postales, mapas geográficos, como en el caso de Alvaro, o de cualquier otro objeto que le recuerda esos funestos años, sea directamente por un viaje a los lugares donde se han desarrollado los hechos evocados. Este viaje imaginario o real constituye frecuentemente la meta inmediata del relato. A lo largo de este primer nivel superficial, un movimiento del exterior hacia el interior se inicia y toma forma, el personaje vuelve a descubrir los lugares donde pasó su infancia, su adolescencia, su juventud, donde ha sufrido tanto durante los años de la guerra, donde se sintió desprendido de sus raíces y proyectado en un mundo donde el hombre es un lobo para el hombre.

En los últimos años del franquismo, los novelistas españoles se atrevían aún apenas a entregarse a este tipo de análisis, a esta vivisección de su propio pasado personal y nacional. Sólo se pueden ver esfuerzos valiosos para recordar los años de la guerra y la inmediata posguerra en las obras de Luis Goytisolo, *Recuento*², de Angel Palomino, *Memorias de un intelectual antifranquista*³, de Carmen Díaz Garrido *Los años únicos*⁴, de Luis Garrido, *Los niños que perdimos la guerra*⁵ o también *Memorias de un niño de derechas*⁶ de Francisco Umbral, o *Diálogos del anochecer*⁷ de José María Vaz de Soto.

² México: Editorial Avándaro, 1973.// Barcelona: Seix Barral, 1975.

³ Madrid: Alfaguara, 1972.

⁴ Prólogo de Rafael García Serrano. Madrid: Prensa Española, 1972.

⁵ Madrid: Literoy, 1970.

⁶ Barcelona: Destino, 1972.

⁷ Barcelona: Planeta, 1972.

Solamente después de la muerte del que rigió el destino de España durante casi cuarenta años y gracias a la supresión de la censura, se produjeron obras donde la memoria de los años de la peor tragedia de la historia española vuelve a vivir de manera vibrante: «El año 1976 tras el inquietante otoño de 1975», escribe José Carlos Mainer en la Introducción de *Historia y crítica de la Literatura Española*, 7, 1939-1980, «trajo como novedades la revitalización del pensamiento antiautoritario y anarquista [...] la importancia de la izquierda comunista y la obsesión por la literatura política y por el memorialismo⁸. Este retorno a los años anteriores no es nuevo en la novela española y aún menos en la novela de la guerra civil; pero es la búsqueda de identidad la que se hace cada vez más insistente en la década que sigue la muerte de Franco y revela un momento capital en la vida psíquica de un pueblo: la vida privada, personal, profundamente sentida se convierte en inspiración de ficción, sirve claramente y directamente de base a las novelas, pues se juzga la experiencia individual suficientemente interesante como para contarlo o se impone de tal manera al escritor que no puede resistir a la necesidad de relatarla para librarse de sus demonios interiores.

La novela más conocida en este sentido es la de Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*⁹; trata más de las consecuencias de la guerra que del conflicto en sí, pero es un ejemplo de los más interesantes para señalar la dificultad de definir el género novelesco desde 1970: autobiografía, memorias íntimas se mezclan constantemente con la ficción y el género novelesco se confunde cada vez más con géneros antaño juzgados completamente distintos. «La teoría del 'aisthesis' y la poética del recuerdo [...], escribe Jauss en *Experiencia estética y hermeneútica literaria*, tiene un significado paradigmático para la estética actual, que, en el campo literario, se caracteriza por un movimiento pendular de vuelta a lo narrativo, a lo autobiográfico y a lo documental»¹⁰.

De hecho, en el «corpus» que he analizado y que cuenta casi ciento setenta novelas inspiradas en su totalidad o en parte en la guerra civil, escritas entre 1976 y 1986, más de la mitad de las obras están escritas en primera persona y muy frecuentemente el autor confiesa en un prólogo o una introducción la semejanza entre él y el personaje principal y narrador. En otras muchas, escritas en tercera persona o en segunda, el mismo fenómeno se reproduce.

Entre estas numerosas novelas donde el personaje y autor están muy cerca el uno del otro, la mitad por lo menos responde al esquema siguiente: en las postrimerías del franquismo o un poco más tarde, un adulto o una persona de edad madura siente una quebradura interior, no logra definirse, sentir un equilibrio, una armonía en su «yo», decide hacer marcha atrás en su vida, y buscar la causa de su malestar, volver a vivir los momentos señalados de su existencia. Este viaje a sus raíces se efectúa, como señalé anteriormente, por medio de memorias de todo tipo o aún simplemente con el retorno al lugar donde vivió la guerra. El resultado casi siempre es negativo, hasta desastroso, y el personaje cae al final en el peor de los marasmos.

⁸ Dirigida por Francisco Rico. Madrid: Editorial Crítica, 1980, p. 13.

⁹ Barcelona: Destino, 1978.

¹⁰ *Experiencia estética y hermeneútica literaria*. Madrid: Taurus, 1985, p. 152.

Unos libros interesantes en este sentido son los de José Asenjo Sedano, *Conversaciones sobre la guerra*, en el cual el narrador intenta encontrar su alma de niño para contar poéticamente como perdió entonces el gusto de vivir; de Santiago Loren, *Hospital de guerra*¹¹, memorias noveladas de la guerra vivida por un joven estudiante de medicina; de Carmen Martín Gaité, *El cuarto de atrás*¹², magnífica novela en la cual la muerte de Franco incita a la heroína a revivir los primeros momentos en que vió a la hija de aquel hombre en Salamanca en 1937 y su vida posterior llena de angustias; de Lola Salvador Maldonado, *...mamita mí, tirabuzones*¹³, —cuyo título está inspirado en la famosa canción republicana— libro lleno de fantasía y de nostalgia de una joven huérfana, nacida durante la guerra civil de un padre republicano, y cuya vida entera está atormentada por la lucha fratricida; de José Luis Coll, *El hermano bastardo de Dios*¹⁴, crónica amarga y grotesca de la guerra y posguerra.

El grupo más significativo de libros para mi análisis lo forman los relatos en los cuales el personaje decide volver directamente al sitio donde se jugó su porvenir, donde vivió un episodio definitivo; sale de su casa, —en casi todos los casos solo—, y viaja hasta el lugar donde se originó, cree él, su estado actual. Entre estos, hay que recordar particularmente: de Luis Racionero, *La forja de l'exili*¹⁵, de Vicente Soto, *Tres pesetas de historia*¹⁶, de José Corrales Egea, *Semana de pasión*¹⁷, de Xavier Benguerel, *Llibre del retorn*¹⁸, de Arturo Azuela, *El don de la palabra*¹⁹, de David Antona, *El río en la sangre*²⁰, de Jean Anglade, *La Noël aux prunes*²¹, de Eduardo Alonso, *La enredadera*²². En estas novelas, se encuentran personajes que se han quedado en España después de la guerra y otros que se exiliaron y retornan a la patria como un último recurso contra su soledad y su angustia vital.

Espacio y tiempo del relato primero y del relato segundo se confunden frecuentemente en estas novelas, tanto en aquellas en las cuales el personaje no vuelve a vivir su pasado más que por la imaginación, como en las que emprende una especie de peregrinación al lugar que le marcó en lo más profundo de su ser; los diferentes planes se fusionan, los personajes se buscan a sí mismos a través de este dédalo de memorias, intentan por esfuerzos casi agotadores, definirse, encontrarse, conocerse. Rara vez sin embargo, su aventura se termina con un éxito: casi siempre, se hunden en círculo infernal, en su esfuerzo para comprenderse a sí mismos; buscan un refugio contra el mal que les roe y su país les parece más una madrastra que una madre acogedora donde podrían hallar un refugio, volver a encontrar la felici-

¹¹ S.L.: Unalí, S.I., 1981.

¹² Barcelona: Destino, 1978.

¹³ Barcelona: Planeta, 1981.

¹⁴ Prólogo de Gonzalo Torrente Ballester. Barcelona: Planeta, 1984.

¹⁵ Barcelona: Planeta, 1985, *I La forja del exilio*. Barcelona: Planeta, 1985.

¹⁶ Barcelona: Argos Vergara, 1983.

¹⁷ Barcelona: Destino, 1976.

¹⁸ Barcelona: Planeta, 1977. *I Libro del retorno*. Barcelona: Planeta, 1977.

¹⁹ Barcelona: Plaza & Janés, 1984.

²⁰ Madrid: Queimada Ediciones, 1982.

²¹ Paris: Julliard, 1983.

²² Valencia: Fernando Torres Editor, 1980.

cidad fetal. Estamos muy lejos de los «espacios felices» de Bachelard; los personajes buscan un espacio limitado, «su» pueblo, «su» ciudad, «su» frente, donde esperan encontrar por fin un equilibrio síquico, una armonía en su «yo» profundo, y todo lo que se ofrece a ellos se hace extraño, hostil, definitivamente cerrado, inasible, incomprensible. El topo-análisis, se confunde aquí con la búsqueda filosófica del «ser». «El espacio no puede finalmente existir sino a través de la percepción que el individuo tiene de ella», señala R. Ferras; «lo reconstituye según las formas privilegiadas que le son propias. Y el espacio no es interesante por lo tanto más que por la idea que el utilizador se hace de ella, no es más que subjetivo»²³.

Henri Mitterrand escribió en 1980 que «El espacio es uno de los operadores por los cuales se instaura la acción»²⁴ y su afirmación no se puede aplicar mejor que al «corpus» de la novela reciente de la guerra civil; lo toposemia no podría ser más funcional que en los textos que he estudiado. En todos se percibe un esquema parecido de acción como he señalado antes. La gran mayoría de los personajes son hombres y mujeres bastante avanzados en el camino de la vida; el espacio en el cual viven les asfixia y huyen hacia otro espacio, otro tiempo; la relación entre tiempo y espacio parece esencial, el cronotopo es tan recargado que los diversos elementos espacio-temporales cobran un significado definitivo.

El espacio-refugio buscado por todos los protagonistas de las novelas estudiadas con la esperanza de encontrar la estabilidad, la «consciencia de la centralidad», mencionada por Bachelard²⁵, se reemplaza por una topología que les despista aún más, un temeroso «espacio-vértigo»²⁶; prácticamente todos se pierden en este laberinto, se hunden en una espiral sin fondo. Los títulos mismos son a menudo reveladores de este contenido trágico: *Semana de pasión*, *El río en la sangre*, *La enredadera*, etc., toda una serie de términos metafóricos para significar estas existencias atormentadas por un pasado traumatizante en la guerra civil y un presente no menos penoso y atormentado.

Se podría representar el espacio de todos los textos novelados analizados en este trabajo con el esquema siguiente:

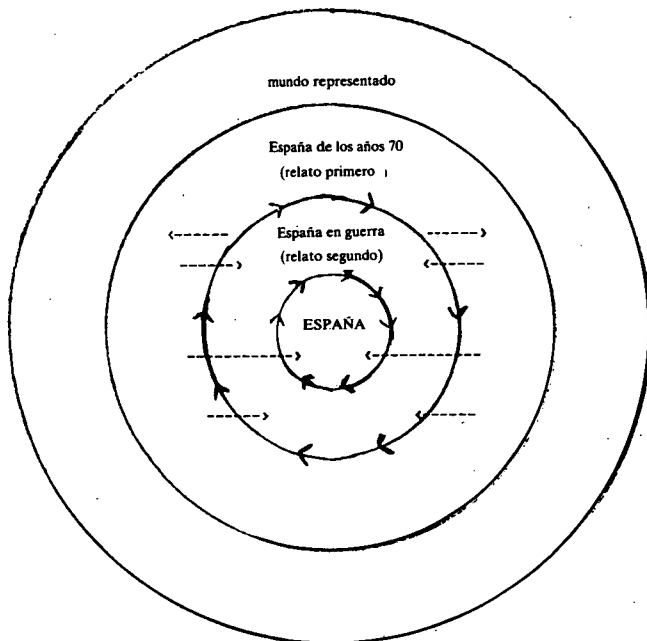
²³ «Montpellier: écusson et polygone». *Bulletin de la Société Languedocienne de Géographie*, tome XII, fasc. 1-2, janv. fev. 1978, p. 6 Traducción de la autora.

²⁴ *Le discours du roman*. Paris: Presses Universitaires de France, 1980, p. 201. Traducción de la autora.

²⁵ *Poétique de l'espace*. Paris: Presses Universitaires de France, 1964, p. 35. Traducción de la autora.

²⁶ GERARD GENETTE, *Figures*. Paris: Seuil, Collection Points, 1966, p. 102. Traducción de la autora.

²⁷ BAKHTINE, MIKHAIL. *Esthétique et théorie du roman*. Paris: Gallimard, 1978, p. 391. Traducción de la autora.



El mundo representado, en el gráfico, es el de la España contemporánea y los dos círculos interiores representan respectivamente la España de la posguerra y la España de la guerra; el tiempo de la enunciación, el tiempo del relato primero y el del relato segundo. El tiempo de la enunciación es en todos los casos posterior al conflicto armado. Los personajes oscilan constantemente entre los dos espacios, el de los años 70 y el de los años 30 entre el espacio real y el espacio del recuerdo. En los personajes, el tiempo privado, personal y el tiempo colectivo, el presente y la memoria histórica se confunden; todo su ser tiende hacia el pasado y éste se hace espacial y concreto. En su búsqueda, narrada a menudo en primera persona, más raramente en tercera, los personajes tratan de establecer un diálogo con los que conocieron entonces; si no encuentran interlocutores, emprenden un autodiálogo, hablan con su «alter ego» en segunda persona. En este espacio bi-polarizado, la España en guerra y muy frecuentemente España simplemente se hace una espiral que absorbe al personaje y éste sucumbe, moralmente al menos, en su empresa: como si fuera aspirado, tragado por la tierra española. Es la vuelta al seno materno, a la madre-España, madre cruel, —«madrastra», como dije anteriormente— para tantos hombres que aspiraban al reposo, a la calma, a la serenidad.

Esta vuelta a los orígenes ha llegado a ser tan frecuente en las novelas analizadas, que se tiene la impresión de asistir a un rito que los españoles sienten la necesidad ineluctable de cumplir. El mito del «eterno retorno» de Nietzsche parece renacer con un vigor inesperado: los hechos principales de la vida se repiten, se nace, se

vive y se muere, y el que envejece o se acerca a la muerte, echa una mirada angustiada a sus años mozos, cual un pescado que se muerde la cola; la historia también se repite y, entre los grandes acontecimientos, las guerras tienen un papel muy importante. Como Mircea Eliade lo recuerda en *El mito del eterno retorno*. «Las luchas, los conflictos, las guerras tienen casi siempre una causa y una función ritual. Es una oposición estimulante entre las dos mitades de clanes, o una lucha entre los representantes de las dos divinidades [...] pero conmemora siempre un episodio de un drama cósmico y divino»²⁸.

²⁸ Barcelona: Planeta-Agostini, 1985, p. 33.